

JULIÁN SANZ HOYA

De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006, 310 pp.
ISBN 84-8102-420-1

La aparición de este libro en un momento tan significativo, en el que coinciden el setenta aniversario del comienzo de la última guerra civil española y el setenta y cinco de la proclamación de la primera experiencia verdaderamente democrática en este país, puede verse favorecida por su «oportunismo» o, por el contrario, pasar inadvertido por ser uno más de los múltiples trabajos editados sobre la cuestión, con el agravante de constituir para muchos «simplemente» otra publicación que añadir a la larga lista del denostado género local. No es, evidentemente, esta última la opinión de quien firma esta reseña, porque parto del convencimiento de la necesidad de seguir contando con buenos y documentados trabajos de ámbito local y/o regional, como éste, para poder seguir mejorando el ya más que aceptable estado de la cuestión sobre un tema tan atractivo como el que nos ocupa.

En efecto, la Segunda República sigue generando, siete décadas después, polémicas públicas con notorio trasfondo político, como se puede comprobar en prácticamente cualquier escenario imaginado. Aunque pueda parecer un elemento de excepcionalidad en nuestra historia contemporánea, conviene subrayar que, por motivos que sería ahora muy prolijo relatar, pero que se pueden sintetizar en dos fenómenos: la ocultación del periodo por parte de la posterior dictadura, y la ausencia de políticas de la memoria en los primeros gobiernos democráticos, aproximadamente la mitad de los españoles no ha estudiado este periodo de nuestra historia y apenas ha sido socializado con algunos tópicos en ámbitos familiares o a través de un muy heterogéneo,

y no siempre bien intencionado, mundo de medios de comunicación.

Comparto con el autor la opinión de que es preciso insistir en la necesidad de romper la errónea visión de la «República como prólogo, antesala o causa de la Guerra Civil». Se trata de otro tópico más sostenido con impensada contumacia por la propia historiografía especializada que sigue reproduciendo cronologías que vinculan de manera inexorable ambas experiencias, cuando, en todo caso, son muchas más las concomitancias que guarda la guerra con la dictadura posterior que con el juego democrático que caracterizó al régimen republicano. De todas formas, especialmente grave se me antoja la capacidad de convicción que sigue ofreciendo el mito franquista sobre la responsabilidad de los republicanos en provocar un conflicto fratricida como el de 1936. Por tanto, no está de más insistir en que sólo el fallido golpe de estado de los militares auspiciado por una trama civil poderosa económica y políticamente hablando fue la única responsable de aquella guerra. Por no hablar del sinsentido que supone seguir avalando las tesis fascistas que pretendían justificar aquella aventura «en defensa de la patria» para salvar a la nación de una inminente revolución social. Tampoco está de más criticar la tan plúmbea y exitosa tesis del fatalismo que ha venido explicando aquel proceso: «las cosas ocurrieron así porque así estaba escrito...».

Otra imagen compartida con Sanz Hoya consiste en la obligación de «enmarcar la experiencia republicana en un proceso histórico más amplio», desarrollado en nuestro país y en toda Europa durante el periodo de entreguerras, que se ha dado en llamar «crisis de la conciencia europea». Fue también una crisis de hegemonía de dominación por parte de la derecha y las clases conservadoras de la mayor parte de Europa que optaron por abandonar el liberalismo, y apoyar las soluciones autoritarias que fueran capaces de terminar con la democracia, aplastar al movimiento obrero y

estabilizar la hegemonía burguesa. Ésa, precisamente, sería la principal similitud entre los regímenes italiano –con Mussolini al frente– y español –bajo la égida del general Franco–, la necesidad de proteger y fomentar el orden económico existente, más allá de retóricas e intenciones declaradas antes y después de acceder al poder.

Los protagonistas de este libro, las derechas cántabras, como se demuestra aquí, especialmente hostiles a la democracia republicana, hicieron alarde de una ideología católica tradicional, profundamente antiliberal y antidemocrática sobre la que se asentó una amplia movilización y socialización política. El asunto no es baladí si tenemos en cuenta el peso de este sector ideológico en una región donde la derecha ha tenido un más que notable peso específico. Además, esta obra viene a cubrir, como el mismo autor señala, un «notorio vacío y complementar un mapa» que poco a poco nos permite ir conociendo mejor la historia de la región en la primera mitad del pasado siglo. Entre otras cosas, porque la publicación, a pesar de su título, no se limita sólo al análisis político del espectro ideológico más conservador, ya que el recorrido cubre todo el panorama cántabro de la década de los años treinta. Pero es que todo ello sirve también para mejorar las interpretaciones generales desde un conocimiento exhaustivo de las realidades políticas a escala local. Un enfoque fundamentalmente político que esperamos con avidez poder completar con la inmediata publicación de su investigación sobre la etapa siguiente.

El autor parte de unas precisiones conceptuales sobre el término «derechas», puesto que se trata de algo que ha variado y evolucionado, pero que él define como expresión de rechazo al cambio y de defensa de un orden tradicional que ha sido transformado o amenazado, vinculado a la defensa de la religión, como expresión de un «orden natural» y tradicional, y a la legitimación religiosa del dis-

curso político. En este punto conviene recordar que Julián Sanz es deudor de las tesis del italiano Norberto Bobbio y acusa la influencia de los trabajos de Pedro C. González Cuevas, si bien aglutina en su planteamiento las cuatro grandes tendencias de la derecha europea de los años treinta: fascismo, derecha radical, derecha conservadora autoritaria y derecha conservadora liberal. Para el caso español, y durante el contexto republicano Sanz Hoya, si bien admite importantes diferencias y divisiones internas, llega a la siguiente descripción general: «derecha autoritaria y antiliberal en lo político, con un fuerte componente clerical, conservadora y corporativista en lo económico-social, tradicionalista en lo ideológico, al tiempo que crecientemente nacionalista y antirrepublicana». En esa descripción quedaría fuera el naciente fascismo español por su discurso «revolucionario» en lo social, por su relativa aconfesionalidad y por los componentes totalitarios de su proyecto político. El autor, no obstante, se debate entre el clásico y rancio planteamiento de las «dos Españas» enfrentadas por encima de los tres proyectos políticos que convivieron en los años treinta: el conservador y reaccionario de la derecha, el liberal democrático de los republicanos y el revolucionario de la izquierda.

Otro tono clásico se aprecia en la estructura del trabajo que obedece básicamente a un «criterio cronológico» que, a su vez, dará lugar a cinco capítulos: en el primero se ofrece un contexto general de los principales aspectos económicos, sociales y culturales de la región que ayudan a interpretar el comportamiento político de las gentes del lugar. Cabe destacar aquí la presencia de un poderoso sistema bancario que actuaría como notable grupo de presión y de financiación de aventuras electorales. Tampoco nos ha pasado inadvertido el dato que aporta la obra referido al importante porcentaje de mujeres trabajadoras que llegaría a alcanzar casi a una de cada cinco personas activas. En el segundo capítulo pasa superficialmente por la política de Alfonso XIII y la Dic-

LECTURA

tadura primorriverista para exponer algunas significativas trayectorias. En el tercero entra ya en materia con la proclamación republicana y la posterior campaña electoral, en junio de 1931, con especial atención a la Agrupación Regional Independiente. Esta formación se nos muestra tan representativa para analizar el devenir de las fuerzas conservadoras como otras más conocidas, pongamos por caso la Derecha Regional Valenciana. No en vano fue capaz de aglutinar a la mayor parte de las derechas cántabras. Lugar destacado merece también la atención prestada a algunos protagonistas conspicuos, capaces de proyectar su liderazgo más allá del ámbito provincial, como fueron, por poner sólo un par de ejemplos, Pedro Sáinz Rodríguez o Ángel Herrera.

En la cuarta entrega, circunscrita a lo que se conoce como el bienio conservador, profundiza en el estudio de una derecha cada vez más fragmentada y dividida entre posibilistas e intransigentes, de entre los que irrumpirá con fuerza Acción Popular al calor del éxito nacional de la CEDA. Asimismo, se empezarán a dejar notar con desigual fortuna los falangistas, los monárquicos alfonsinos y los carlistas, con prácticas violentas que pusieron en jaque a enemigos políticos y autoridades. Para el final nos reserva un pormenorizado estudio de los primeros siete meses del año 1936 por su significado como último intento desde la derecha política por alcanzar el poder mediante estrategias legales que, sin embargo, terminará por dar el testigo a prácticas insurreccionales que, por exceso de confianza y desprecio a la fuerza de los rivales, terminaría por fracasar.

El trabajo cuenta con algunas estupendas ilustraciones, cuadros estadísticos donde se pueden cotejar los resultados de las elecciones y mapas que reflejan el reparto del poder de las distintas organizaciones políticas. Todo ello se adoba también con un notable número de citas, tal vez demasiadas, que constituyen un auténtico paratexto que el lector no puede omitir. Abundantes alusiones a la prensa de la época, muy rica en general pero, a lo que

se ve, especialmente jugosa en la Cantabria del primer tercio del siglo XX, sin despreciar ámbitos nacionales y atinadas entrevistas personales, constituyen, junto a la bien trabajada bibliografía, un extraordinario bagaje que penetra en las páginas de un libro que, además, está bien escrito y sintetizado. Esto último se aprecia particularmente en las conclusiones finales. Aquí se nos recuerda la alianza alcanzada por los elementos conservadores y reaccionarios y la Iglesia Católica para colocar a la religión como pilar del sistema social que se propusieron defender. Este proyecto, al que se sumaron muy pronto las fuerzas de un renacido carlismo y el creciente radicalismo de los jóvenes derechistas fascitizados, alcanzó pronto un inusitado éxito, como se puso de manifiesto en las elecciones de noviembre de 1933.

La Acción Popular de Gil Robles se convertiría así en la fuerza de mayor capacidad para movilizar a las masas, debido a su mayor penetración popular que le permitiría disfrutar de un amplio apoyo de bases procedentes de estratos y grupos sociales muy variados, incluidos sectores de la clase obrera y el artesano, a pesar del claro predominio de la izquierda obrera mayoritariamente socialista. En realidad, todo ello se vio favorecido porque el espectro conservador contaría también con miembros del republicanismo más templado, ya que el centro-derecha montañés «no pudo en ningún momento despegar como representante de los sectores conservadores de la sociedad». Precisamente, estas dificultades para consolidar un polo centrista o moderado con suficiente apoyo social serían las que, en gran medida, traerían al traste la aventura republicana no sólo en Cantabria. Un asunto en el que convendría seguir profundizando. En definitiva, como ya advertía al principio, una obra que está llamada a ocupar un lugar significativo en el panorama historiográfico sobre la II República por méritos propios.

Manuel Ortiz Heras